

ct

La mujer que amaba demasiado

de
Beatrice Bergamín

(fragmentos)

Inspirado en el cuento Una buena mujer de Antón Chejov

Dedicado a mí hermana Rosario

Una buena mujer.

Una silla frágil. Sobre la silla: un libro de cuentos rusos.

Una mesa de madera. Sobre la mesa: una botella de vodka, un vasito, un martillo, una cabeza de vaca.

Todo el suelo cubierto de plumas.

Ella lleva unas gafas de sol muy grandes. La boca roja. El pelo corto, abultado y rizado. Pantalones mínimos. Unas botas altas de cowboy. Una boa negra de plumas cubriendo – a ratos – su pecho desnudo.

OLENKA

(Se sirve un chupito de vodka. Habla a público)

Yo creo en Dios. (Golpea el vasito en la mesa y bebe)

Yo amo a Dios. Y a los hombres. (Se sirve, golpe y bebe)

Yo amo a los hombres. (Se sirve)

Yo creo en los hombres como si fueran dioses y en Dios como si fuera un hombre.

Yo soy una buena mujer. (Golpe y bebe)

Yo soy una mujer buena. (Se sirve)

Yo tengo mi propia opinión. (Golpe y bebe)

Yo opino sobre Dios y sobre los hombres.

Sobre mí opinen ustedes lo que quieran. (Se sirve)

Yo sé quién soy. (Golpe y bebe)

Yo soy una mujer que ama demasiado. (Empieza a servirse. Se detiene)

¿Demasiado?

(Mira a público) ¿Qué es demasiado?

(De carrerilla) ¿Los demasiados se miden por encima o por debajo del centro? ¿De izquierda a derecha o al contrario? ¿A partir del medio? ¿Cuál es el medio y el punto? Y ¿el punto medio? Y ¿hasta dónde llega lo que se sale del medio? ¿Cuánto mide un demasiado? ¿Pesa? ¿Cuándo empieza el demasiado? ¿A partir de cuándo empieza a ser demasiado? Y ¿quién marca lo que es justo, correcto o equilibrado? Porque... ¿A partir de cuándo el amor, o eso que se entrega y se superpone, comienza a ser demasiado? Y ¿por qué el centro o el amor explotan y se derraman todos los bordes del amor? Y ¿por qué no es bueno - o acaso es perverso - salirse de los bordes? Y ¿quién dice que en el demasiado mucho esté el mal o en el demasiado poco esté el bien o entre el bien y el mal haya un demasiado?

Yo, aunque no lo crean, tengo mi propia opinión.

Sobre el bien y sobre el mal.

La tengo.

Pero no la tengo al gusto de todos, aunque tenga el gusto de compartirla.

Sobre el demasiado mucho y el demasiado poco, tengo mi propia opinión.

(Se ríe)

Ahora ustedes, o la mitad de ustedes como mínimo o como poco, habrán pensado...claro, pobre mujer que no sabemos si es una buena mujer o una mujer buena. Por eso bebe. (Se ríe) No, no es por eso. No es por nada. Es por ellos. Por todos los que se han quedado, al borde (Coge la botella de

vodka).

MÚSICA: Yumeje's theme de Shigeru Umebayashi

Olenka baila. Su cuerpo se desplaza en el espacio. Las plumas se levantan del suelo.

(Mientras baila) El amor existe. Dios existe. Los hombres existen. El teatro existe. El público existe. La madera existe. El olor a madera existe. Los animales existen. Las enfermedades de los animales existen. Los cuentos rusos existen.

El teatro es lo más importante y útil del mundo.

La madera es lo más importante y útil del mundo.

Los animales son lo más importante y útil del mundo.

El amor es lo más importante y útil del mundo.

Tener opinión es lo más importante y útil del mundo.

¿Y yo? ¿Yo soy lo menos importante y lo más inútil del mundo?

(Silencio. Deja de bailar. Se detiene. Mira el libro, no lo toca. El libro se abre solo, pasan las páginas, nadie lo toca)

Una vez leí un cuento ruso.

Lo leí porque mi hermana me dijo: tienes que leer a los rusos. Los rusos no cuentan cuentos. Los rusos son rusos y eso es todo...y eso es nada. En los cuentos rusos no hay tiempo de darse cuenta de lo que pasa porque pasa de todo, todo el tiempo. Hay una luz de invierno, en los cuentos rusos, que me hace ser mejor persona. Hay jardines que se acaban, bosques que se venden, personas que se aman, hombres que se callan. Y médicos, muchos médicos y también veterinarios. Casas de campo, gaviotas muertas, teatros frente a lagos. Viento. En los cuentos rusos hay filosofía, y esto no lo digo yo, que me lo dijo mi hermana.

(Sonido: lluvia)

A mí me gustan los hombres. Me gustan hasta desfallecer. Cuando me enamoro elijo. Elijo enamorarme, sí, no es una cosa tonta que me pase de pronto como si yo fuera tonta. Yo no soy tonta. Me enamoro porque no soy tonta y por eso no me enamoro de hombres tontos, al contrario, me enamoro de hombres que lloran. Los hombres tontos no lloran. Los cuerpos de los hombres de los que me enamoro entran en mi cuerpo y mi cuerpo se hace doble. Ellos y los escritores rusos piensan que mi cuerpo se doblé, pero no es cierto, lo que ocurre es que mi cuerpo se duplica. Cuando me enamoro se me hinchan los pezones. Se me inflaman los labios. Se me abren los ojos. Se me alargan los dedos. Me crece el pelo, las ideas, las uñas, las opiniones, los lunares, las ilusiones. Y las certezas. Corro al mercado y compro fruta y flores como si estuviera avecinándose un huracán, limpio los armarios y los lleno de manzanas, acorto todos los bajos de mis vestidos y rajo mis pantalones, me depilo el cuerpo enterito y subo las escaleras de mi casa arriba y abajo como si toda yo fuera el rabo de un perro al que acaban de abrirle la jaula en la que llevaba encerrado un invierno entero o dos o cientos de inviernos, rusos. El suelo por donde piso se llena de plumas. Vuelo.

El teatro

La primera vez que me enamoré temblé tanto que tuve agujetas durante meses. Él era un hombre de teatro. El teatro es lo más importante y lo más útil del mundo. El día de mi boda y al día siguiente llovió sin descanso. Y él se quejaba, se quejaba tanto que yo me enamoré de él porque se quejaba. Desde el primer día hasta el último él no paró de quejarse y yo desde el último hasta el primero lo amé. Lo amé demasiado. O eso dicen las plumas. Yo me ocupaba de la casa, del teatro, de los acomodadores, de las ratas. Les prestaba dinero a los actores. A escondidas. Y empecé a odiar al público. Al público que no venía a nuestro teatro y al público que venía, porque ni unos ni otros entendían nada. No apagan los móviles. Tosen. No paran de toser. Tosen por enfermedad, por frivolidad y por molestar, tosen. Un día él se fue a Moscú. Se fue a contratar una compañía rusa para que viniera a nuestro teatro o se fue a follar con una rusa. No sé. El caso es que se fue. Un mes después recibí un whatsapp de alguien de esa compañía rusa o de esa rusa que le estaba haciendo compañía.

Hombre 1 ha muerto.

Muerto

Ah

Pobre 1...

¿Muerto? ¿Del todo?

Dios Todopoderoso.

¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaba él? Y yo, ¿dónde estaba?

Me borré. Nada que decir. Nada que opinar. Nada. ¿Les parece exagerado?

La madera

(Encima de la mesa) La madera es la cosa más importante y más útil del mundo.

La madera está carísima.

Qué cara está la madera.

No tengo tiempo de ir al teatro.

No hay nada bueno en el teatro.

Soy una trabajadora.

Los trabajadores no van al teatro.

Los trabajadores trabajan.

No salen. Ni siquiera los sábados.

Me enamoré de Hombre 2 porque nunca se quejaba, de nada, de nadie. Y también porque su piel olía a pintura y eso me recordaba los juguetes de madera que me regalaba mi padre. Yo amaba a mi padre. Y me enamoré de sus ojos color caoba y de sus piernas como troncos de encina y de sus manos llenas de nudos y de su voz de chopo ahogado y de su pelo lacio de sauce llorón y de su caminar salteado de pájaro carpintero y de su lengua áspera, que cuando entraba en mi boca me dejaba el paladar caliente y dulce, y me enamoré, también, de su palabra enjuta, de su sola palabra necesaria, útil como la corteza de un castaño. Me enamoré demasiado.

No hay que quejarse

No hay que quejarse

No hay que quejarse

Él taladraba el silencio de nuestra casa con esa frase. Y a mí me gustaba, la frase, él y el olor a bosque que se quedaba pegado a mi ropa y en las sábanas. Pero sobre todas las cosas me fascinaban las formas que dibujaban en el aire las virutas de la madera cuando el viento se colaba en el almacén.

Yo lo amaba. ¿Demasiado? Yo me callaba y trabajaba: en casa, en el almacén de madera, en el almacén de madera, en casa, en el almacén (Saca un martillo de su bolso y comienza a golpear con fuerza la mesa de madera) Un día me puse mi vestido de seda y salimos de casa y salimos del almacén de madera y salimos a bailar y dimos un paseo por el bosque. El vestido me rozaba los muslos. El aire olía como él y el bosque y yo éramos para él. El mundo era de madera y yo un juguete en el mundo. Y eso, a mí, me daba ganas de llorar.

Los animales

La vida animal.
El tacto animal.
La risa animal.
El presente animal.
El amor animal.

La vida es un animal que se aferra y te come o te llena de nubes, que te quiere o te rechaza. La vida no se posee. Por eso se desea. No se posee al que se ama, no se ama al que se posee. Solamente hay que posar la mano sobre otra mano y se sabe, al instante, si en esa mano está, ahora, o quizá mañana, o ya estaba desde ayer, el centro del mundo. Y hay que oler como un animal, oler al otro para entender el miedo, la ternura, la fragilidad, el vértigo que el otro lleva dentro desde que nace.

Eso, así, es lo que me pasa a mí, contigo, mi querido hombre animal. Me enamoro de ti porque hay días en los que te quejas, porque hay noches en las que no, porque limpias el fango y la caca de tus botas de plástico con la delicadeza de un médico retirando la sangre del cuerpo de un recién nacido, porque me hablas al oído y salen de mi boca gemidos de animal y después abrimos la ventana, haga frío o calor o ambas cosas en una, y entra en nuestra cama una bandada de pájaros esqueléticos. Y tú los cuidas. Y me abrazas. Y yo a ti. Y los pájaros se quedan toda la noche con nosotros en nuestra almohada. Nosotros. Hasta que amanece y se van todos a la vez por la ventana pero ya no son pájaros esqueléticos sino gaviotas inflamadas como velas de barcos.

Te quiero Hombre 3 porque
te levantas a las seis de la mañana
te calzas las botas de plástico
caminas diez kilómetros o veinte o treinta
metes el brazo entero en la vaca negra y sacas un niño.
La vaca negra grita de dolor.
El niño blanco grita de vida.

El niño que salió un día de la vaca viene contigo a mi casa. Lo mira todo y a mí, lo toca todo y a mí, lo rompe todo y a mí. Él y tú habláis de la madre de él mientras os metéis en la boca trozos de carne. Yo os miro masticar y os escucho, callada. El niño tiene ojos redondos de vaca. Yo te miro a ti, a los ojos, y tú me dejas penetrarte y quedarme dentro. Y descansar. Y amarte. Amarte demasiado. ¿Demasiado? Pero yo no tengo sueño tengo ganas de gemir bailar llorar comer vivir. Y tú lo ves y lo sabes. Me eliges. Y yo, como hice un día, poso otra vez mi mano en la tuya y al instante entiendo tu miedo tu ternura tu fragilidad y tu vértigo. Pero después.... Salgo del cuento. Cierro el libro. Abro los ojos. El tren se para y yo...

Te suelto suelto suelto...
Te despido en la puerta.
Te abrazo abrazo abrazo abrazo abrazo...
Y te suelto.

AHORA.

Tu niño duerme en mi cama.

Tu niño huele a vaca.

Tu niño es mi niño.

Ay Dios mío...

Ay

Dios

mío

amor AMAR amor

niño

teatro

madera

animal

Nunca es demasiado.

*Introduce su cabeza dentro de la cabeza de vaca. Se sirve un chupito de vodka, bebe.
Mira a público, juega con su cuerpo y con el martillo. No baila.*

MÚSICA: María Elena de Nat King Cole

Oscuro Final